

ENSAYO INTRODUCTORIO

*José Miguel Insulza**

Introducción

Intentar un estudio completo acerca de un proceso en marcha, que aún no alcanza la mitad de su probable periodo, parece algo arriesgado. Alguno diría que no es bueno aventurar conclusiones, menos aún con una administración como la de Donald Trump, que para muchos aparece todavía como un completo desorden, con una gran cantidad de cargos que por el momento no han sido asignados; cambios frecuentes de asesores, incluidos los principales encargados de las relaciones exteriores y la seguridad nacional; muchas políticas no explicitadas, con graves conflictos internos que se prolongan desde la campaña presidencial y, por encima de ello, un presidente que gobierna por sí solo, sorprendiendo muchas veces a sus propios colaboradores y a la prensa con virajes tácticos que parecen ser más reflejo de estados de ánimo que de análisis muy cuidadosos.

No obstante, este completo primer examen que emprende un grupo importante de analistas mexicanos —coordinados por Silvia Núñez García, investigadora del CISAN-UNAM durante más de dos décadas y su directora en dos periodos— es muy oportuno por dos razones: la primera, porque revela la calidad y profundidad que han alcanzado los estudios sobre Estados Unidos en México durante las últimas cuatro décadas, y la segunda, porque aunque el gobierno de Donald Trump lleva únicamente diecisiete meses y proyecta una imagen caótica, ello es sólo aparente, pues todas sus medidas apuntan en una misma dirección, lo cual hace posible decir hacia dónde va, cómo pretende cambiar la política interna y externa de Estados Unidos y cuáles son

* Senador de la República de Chile para el periodo 2018-2026 por la región de Arica y Parinacota.

los principales riesgos que enfrenta el sistema internacional cuando el gobierno del país que lo diseñó y le ha dado sustento reniega de él y lanza ataques cotidianos contra sus principales fundamentos.

Desde que se creó, en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) de la Ciudad de México, el primer instituto latinoamericano de estudios sobre Estados Unidos, el trabajo académico en esta materia ha progresado inmensamente. Hasta mediados de los setenta existían académicos dispersos en distintas instituciones de estudios internacionales, que examinaban aspectos de la política norteamericana, generalmente en su relación con México y América Latina. La propuesta de Luis Maira, el verdadero fundador de este nuevo ciclo, no negaba la necesidad de una perspectiva latinoamericana y de un énfasis en lo que afecta directamente a México y a la región, pero alegaba a favor de un conocimiento más cabal de Estados Unidos, de su historia, su economía, su política interna y exterior. El argumento era simple: para relacionarse equilibradamente con otra nación y otra cultura, hay que superar los estereotipos y estudiarla a fondo; de allí saldrá la base de estudios más directamente ligados a nosotros. Ésa debía ser la contribución académica en este campo estratégicamente vital para los intereses de México.

La sólida respuesta a este desafío es evidente frente a la enorme producción académica que tantas instituciones en México y a lo largo del continente han dado en décadas posteriores. Los centros de estudios y programas se multiplicaron en todas partes y los textos publicados y las lecciones impartidas dejaron de ser repeticiones de estudios foráneos, con un contenido acrítico o estereotipado. Estados Unidos se convirtió en un objeto de estudio y conocimiento multidimensional para México, con un progreso permanente hasta hoy.

El Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN) de la UNAM fue creado hace casi treinta años y se ha convertido en el más conocido centro académico sobre la materia. Constituye un contingente de profesores e investigadores de alta formación y dedicación, ha publicado numerosos libros y, desde hace una década, la revista *Norteamérica*. Sus investigadores demuestran cabalmente en este libro los méritos del CISAN, que mantiene un muy importante equilibrio entre el conocimiento profundo de los países como objeto de análisis y, sobre esa base, dedicación preferente a los temas de mayor interés en México y América del Sur. El primer enfoque se vuelca

en la primera parte del libro, donde se examinan las elecciones presidenciales de 2017 en Estados Unidos, las razones del ascenso sorpresivo de Donald Trump, los efectos que produce en las políticas interna y externa de ese país y los problemas que le crea una oposición social y política fuertes, aunque aún dispersas. El segundo enfoque está dedicado a los asuntos más importantes de la relación multilateral, tanto en lo económico como en lo que atañe al comercio, especialmente al TLCAN, pieza fundamental de la relación bilateral.

Una nota especial merece la tercera parte, dedicada a la migración y a la zozobra en la que viven hoy tantos latinos y sobre todo mexicanos, víctimas directas de las amenazas que son, sin duda, uno de los asuntos más debatidos en la región norteamericana; al tema energético, en constante cambio, pero aún decisivo para la relación bilateral; y a dos artículos que cubren la cultura intrarregional, lo cual hoy permea una relación que, siendo a veces conflictiva, es cada vez más estrecha e insustituible, como una promesa de tiempos mejores.

La amplia cobertura de este libro me permite algunos comentarios adicionales sobre la naturaleza de la alianza que llevó al poder a Trump, abundando en la segunda premisa que valida este volumen: a pesar del aparente caos que reina en la Casa Blanca, su ocupante tiene ya domicilio conocido en una extrema derecha estadounidense, a la vez populista, nacionalista y autoritaria; también sobre los efectos negativos que acarrea consigo el viraje internacional de Trump, tanto para su propio país como para la inestabilidad del sistema internacional, así como una breve digresión acerca de los obstáculos que enfrenta el mandatario y sus posibilidades de mantenerse en el poder más de cuatro años.

Temporada de huracanes

El 2 de abril de 2018, el presidente Donald Trump inició a las 7:00 a.m. una ronda de tuits más nutrida que de costumbre, atacando “a México, a los inmigrantes, a los demócratas, al FBI, al Departamento de Justicia, al tratado comercial con Canadá y México, a los ‘medios mentirosos’, en particular a la CNN y NBC” (Mars, 2018). Luego de tres horas de incesantes textos, salió con su esposa a repartir huevos de Pascua, mientras por todos lados se reproducían sus ataques y amenazas, que también alcanzarían a los jóvenes

dreamers con una nueva promesa de cerrar el programa que los protege y al dueño de Amazon (y de *The Washington Post*), a quien prometió aplicar nuevos impuestos; sin embargo, la alarma internacional no fue mayor que en días previos, cuando Trump anunció tarifas adicionales por 60 000 millones de dólares contra productos chinos, insultó a un alto ex funcionario de la CIA, pidió nuevamente informes sobre Hillary Clinton y prometió reunirse con Kim Jong Un. Tras aproximadamente dos años de diatribas, que comenzaron con los ataques contra México al iniciar Trump su escalada, continuaron durante toda la campaña primaria y presidencial, y han sido el sello negativo visible de la nueva administración; tanto Estados Unidos como el mundo entero parecen haberse ya acostumbrado a una nueva forma de mando antes desconocida, incluso en la era digital: un diseño por medio del cual el propio presidente fija la línea de su gobierno en contacto directo con las redes sociales (a veces también los anuncia en actos públicos), muchas veces sin informar siquiera a sus más cercanos colaboradores y lo hace de manera siempre agresiva, atacando a sus “enemigos” y no pocas veces a algún aliado caído en desgracia.

Esto no había ocurrido nunca, al menos en países con formas de gobierno estructuradas, y ciertamente jamás en una democracia occidental. Incluso en los regímenes más presidenciales existe una estructura compleja, compuesta por ministerios e instancias de decisión, directivos y asesores que mediatizan la actividad y reducen el riesgo en la presidencia, mientras dan una cierta racionalidad y hacen predecible la acción del gobierno.

En este sentido, no cabe duda de que la regencia de Donald Trump se ha salido absolutamente del molde tradicional. La nueva administración se sigue caracterizando por un mando unipersonal que se ejerce vía *twitter*, con un presidente guerrero que sorprende incluso a los funcionarios encargados de las políticas y a los voceros que deberían explicarlas. Cada día es ahora una nueva caja de sorpresas o, más bien, de nuevos factores de agitación; ocurre de manera más frecuente que un funcionario de alto nivel renuncie o sea despedido y reemplazado por alguien aún más controvertido o que alguno de los muchos conflictos abiertos por esta administración se reactive, en la nación más poderosa de la Tierra.

Para analizar a Donald Trump se han intentado comparaciones con Ronald Reagan, un presidente que también llegó al poder con una plataforma muy conservadora; sin embargo, hay características que los separan: Reagan

era un hombre muy conservador, pero poco agresivo. Si bien podía plantear temas contundentes en sus discursos, confiaba en gran medida en un formidable equipo de colaboradores, de mucha experiencia y reconocida capacidad. Trump en cambio se ha caracterizado por la belicosidad con que ha enfrentado de manera directa a sus adversarios, por la vehemencia con que ha perseguido sus objetivos y por su desprecio hacia los equipos estables, con colaboradores a los cuales desautoriza o despide con facilidad. En lo sustantivo, Reagan proponía una política activa de contención, encabezando una alianza occidental a la que otorgaba gran prioridad, lo cual no ocurre con Trump, quien muestra cada día más desdén por sus aliados. Para abreviar, Reagan era un conservador dentro del sistema; por otro lado, Trump quiere alterarlo sustancialmente.

En lo que sí se parecen es que, al igual que Reagan, el actual presidente ha buscado llevar a la práctica desde temprano todas aquellas cosas que fueron emblemas de su campaña. Eso era visto con un cierto escepticismo e incluso muchos expertos tenían la convicción de que muchas de esas ideas eran promesas electorales, pero las expectativas de los partidarios más fieles se han cumplido con creces. Trump ha buscado cumplir sus propósitos, especialmente los más ofensivos, y lo ha hecho de manera completamente inescrupulosa, con todos los medios a su disposición, eliminando del diccionario la expresión “políticamente correcto”. Lo que ayer era correcto hoy es anticuado y obsoleto, y como dijo una de sus principales asesoras, sobre cualquier tema “puede haber hechos alternativos”.¹

El resultado es dramático, pero nadie podría decir que es inesperado ni fingirse sorprendido. La política ha cambiado tanto en Estados Unidos, que incluso ha ido acompañada de un nuevo concepto paralelo a la verdad: la “posverdad” (Keyes, 2004), nuevo nombre científico para la mentira con propósito, el cual se ha convertido en el término más emblemático de los tiempos actuales. Algunos estudios recientes dicen que un tercio de las noticias que circulan diariamente por la *web* son falsas y, peor aun, aunque esto se demuestre claramente, los desmentidos no hacen mella en las convicciones de muchos ciudadanos.

¹ Kellyanne Conway, asesora de la Casa Blanca, usó el término “hechos alternativos” para defenderse de las acusaciones de falsear la realidad con respecto al secretario de Prensa de la Casa Blanca, Sean Spicer.

La clara dirección de los vientos

Todo parecerá un desorden, pero no hay grandes misterios en cuanto a la dirección del gobierno de Trump. Recordar una y otra vez su manejo errático, sus amenazas, sus ataques a personas —en el mismo estilo de *The Apprentice*, su exitosa serie televisiva— no puede ser toda la historia. Como muestra este libro en todos sus ensayos, más allá del estilo hay una sustancia cuya dirección parece clara: estamos en presencia de un gobierno de extrema derecha, populista y autoritario, cuyo propósito es alterar sustantivamente algunas concepciones fundamentales que han regido la política interna, la economía y las relaciones exteriores de Estados Unidos desde los consensos básicos alcanzados durante la era de Roosevelt y fortalecidos en los años posteriores a la segunda guerra mundial. A eso se suma un estilo personalista agresivo, que parece disfrutar con la crisis, el desorden y la sorpresa, pero que tiene muy claras las instituciones y políticas que quiere destruir, aunque no siempre articule sus propuestas acerca de cómo sustituirlas.

Donald Trump puede ser una personalidad extraña, pero sus objetivos son claros y apuntan en una sola dirección: rechazar el Acuerdo Transpacífico, exigir una renegociación del TLCAN y aplicar medidas proteccionistas a sus principales socios comerciales; construir un muro en la frontera con México y reelaborar las políticas migratorias, rechazando incluso el término “nación de inmigrantes” del cual hasta hace poco se enorgullecían los estadounidenses; comunicarse con los vencedores del *Brexit* para felicitarlos y aproximarse a las naciones del Este de Europa que se proclaman “democracias iliberales”² mientras se mantiene una actitud fría y distante hacia la Unión Europea como tal; exigir a la OTAN el pago de mayores contribuciones para su defensa, amenazando con recortar las propias; renunciar al Acuerdo de París sobre el cambio climático y reducir el tamaño y atribuciones de la Agencia de Protección Ambiental; abandonar los acuerdos con las potencias nucleares como Alemania e Irán; trasladar la embajada de Estados Unidos a

² El término, que hoy usan orgullosamente gobernantes autoritarios de Europa Oriental, fue acuñado por Fareed Zakaria hace una década para aludir a los riesgos que presentaban algunas democracias formalmente electas, para dirigir gobiernos de mayoría que presentaban rasgos antidemocráticos, como la falta de respeto a las minorías y la violación de derechos individuales, y desarrollaban conductas autoritarias (V. Fareed Zakaria, “The Rise of Illiberal Democracy” *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre de 1997 y “The Future of Freedom: Illiberal Democracy at Home and Abroad”, *The New York Times Books*, 2003).

Jerusalén; defender la tortura como única respuesta posible al terrorismo; apoyar abiertamente las exigencias de la Asociación Nacional del Rifle y rechazar cualquier control de las armas en manos de particulares y atacar cotidianamente a la “prensa liberal mentirosa”. Todo lo anterior son propuestas que hasta hace dos años se encontraban solamente en la prensa de derecha radical, sin que sus promotores creyeran que era posible alcanzarlas. Hoy todas estas ideas, y otras más, son políticas oficiales del gobierno de Estados Unidos.

El carrusel de designaciones, aunque lento en su paso por el Congreso, no es tampoco sinónimo de nombramientos al azar. Desde los caídos en desgracia como Michael Flynn y Steve Bannon a las nuevas figuras como John Bolton, Scott Pruitt y Mike Pompeo, todas las designaciones de Trump son de extrema derecha, mientras que los militares y algunos republicanos que parecían intervenir en la administración son despedidos o pierden influencia. El trayecto de Trump queda claro en todas sus decisiones y aún más en sus designaciones, especialmente las últimas. Durante los primeros días manifestó a muchos su menosprecio por demócratas y republicanos. La reciente salida del general Herbert Raymond McMaster de su cargo de asesor de seguridad nacional y su reemplazo por Bolton, un conocido halcón civil; y la presión de la Casa Blanca por asegurar el nombramiento de Gina Haspel como directora de la CIA, a pesar de que su carrera incluye la dirección de centros de tortura, son sólo las más recientes muestras de esta tendencia.

Apoyos importantes, aunque divergentes

Donald Trump tampoco es un accidente de la historia. El peso de los grandes consensos anteriores y la nostalgia de un periodo plenamente exitoso pueden haber demorado, pero no detenido, la grave crisis que hoy afecta a las principales bases de la política estadounidense, como producto de insatisfacciones profundas en el seno de la sociedad, la cuales se producían en dimensiones más amplias y diversas de lo que muchos imaginaban.

La interpretación “clásica” radica siempre en el rechazo a la globalización, o al menos a sus efectos, que provienen de los cambios en la matriz productiva del país, lo cual deja en el camino a sectores importantes de trabajadores industriales, mientras incrementa severamente las desigualdades

en una nación fundada en la “igualdad de oportunidades”. El rescate de los bancos que puso fin a la última crisis, mientras cientos de miles perdían sus casas y sus ahorros sin recibir por ello ninguna compensación, junto a la caída en el empleo y la ruina de numerosas comunidades en la base industrial del país, tenían que provocar la respuesta de todos los perjudicados en contra de un sistema que había permitido tan grandes desigualdades. En ese sentido, la propuesta de un retorno al glorioso pasado industrial que trae consigo el *America First* de Trump debía tener eco en ese mundo y conquistarle un electorado que fue clave en el vuelco de los estados tradicionalmente demócratas del Noreste.

Pero si el desencanto con la globalización fuera el único responsable del cambio, la esperanza de los desencantados debería ser temporal. Se podrá reabrir algunas minas de carbón en West Virginia (que trabajarán a pérdida) o reactivar parcialmente la industria del acero o la automotriz sobre la base de políticas proteccionistas y garantías a la inversión interna. Lo cierto es que siempre habrá industria en Estados Unidos, como la hay en Europa y en las partes más desarrolladas de Asia, reduciendo costos o aumentando artificialmente ganancias; pero el predominio de la industria tradicional y los empleos que ésta generaba ya se han ido a otras zonas del mundo, donde los costos son menores y lo seguirán siendo. Para las economías mayores, el camino inevitable está en la nueva economía digital con todas sus derivaciones. En tiempos donde se vive una “crisis de época”, una tercera y cuarta revoluciones industriales (Schwab, 2016; Rose, 2016) puestas una sobre la otra, el centro de la acción está en la batalla que hoy libran las grandes economías, encabezadas por Estados Unidos y China, por el predominio científico-técnico (Amin *et al.*, 1983), y esa batalla se encuentra en desarrollo, pero no augura buenas noticias para quienes no estén dispuestos a cambiar su actividad económica o para quienes por su edad y capacidades no estén en condiciones de hacerlo.

Sin embargo, el desapego a la política y el sistema político que se manifiestan en la última década no tienen su origen solamente en la desafección por la globalización y sus efectos económicos y sociales. El aumento de la indignación por la mayor desigualdad y la incapacidad y lejanía del sistema político se complementan con el resurgimiento de una cultura profundamente conservadora que desde siempre se alberga en muchos lugares del país, especialmente en los centros rurales y estados más pequeños, los más distantes

del Estado nacional, en los cuales el racismo, el nativismo, el rechazo a los migrantes, el amor por las armas y el desdén por la acción del Estado son mucho más visibles que en la costa y el Norte de Estados Unidos. El centro y el Sur del país, así como su zona agrícola, siempre han tenido más voto republicano que demócrata, pero en los últimos años las posiciones de derecha se han radicalizado más allá del tronco histórico del republicanismo. De allí surgió el Tea Party, hoy bastante superado orgánicamente, pero con ideas aún vigentes en otras formas, de cuyas corrientes surgieron algunos de los principales candidatos a la última elección.

Paradójicamente, fue un neoyorkino sin raíces en el Medio Oeste o el Sur el que se atrevió a enunciar todos los lugares comunes que estos sectores consideran verdades y que la izquierda liberal oculta. Al identificar a los inmigrantes mexicanos con los criminales y prometer un muro para contenerlos, denunciar como terroristas potenciales a los musulmanes, comparar al Ku Klux Klan con los movimientos de protesta, afirmar que el primer presidente negro de Estados Unidos tenía que haber nacido en otra parte, y declarar que el cambio climático es un complot antiestadunidense, Trump se atrevió a más de lo que habían osado hacer sus rivales y conquistó el corazón de la derecha más dura del país, la que estaba presente en la sociedad, en los medios y en las redes sociales para recibir esas consignas y crear todas las expresiones de la posverdad. Trump las usó todas, porque sabía que su tono y sus agresiones coincidían con lo que muchos ciudadanos conservadores querían escuchar.

Hace unos meses, *Scientific American*, la revista de divulgación científica más leída en el mundo, publicó una edición especial que examina los principales debates culturales que hoy tienen lugar en Estados Unidos, verificando los argumentos científicos que respaldan las distintas posiciones (*Scientific American*, 2017). Algunos de ellos aluden a la existencia del calentamiento global, el uso de vacunas, la posesión de armas y el evolucionismo vs el creacionismo (la creación divina). Queda muy claro desde un comienzo que *Scientific American* toma partido contra las posverdades que niegan la existencia del cambio climático, que afirman que las vacunas producen autismo, sostienen que la tenencia indiscriminada de armas no produce más homicidios que su control e incluso contra las que rechazan las teorías sobre la evolución desarrolladas desde Darwin. Pero el propósito de la publicación es hacer conciencia de que hay millones de estadounidenses que sus-

tentan esas posiciones y explicar que existe una “falsa comunidad científica” que las defiende.³

Naturalmente, quienes creen en la existencia de verdades distintas de las que proporciona la ciencia estarán siempre más dispuestos a escuchar el mensaje emocional nativista, antiinmigrante, racista y conservador que Trump se esmeró en proporcionar desde un principio. Este sector de la sociedad contrario a la diversidad y el progreso ha existido siempre en Estados Unidos, aunque se hablaba poco de él; esta vez, estaba predispuesto a recibir el mensaje y anhelaba verlo cumplido, contra Washington y los intelectuales del Este (el *Eastern establishment*). Es en esa predisposición donde se origina la posverdad.

Por ello, lejos de lamentar las divisiones sociales e incluso en momentos en que han existido posibilidades de alguna conciliación, Trump seguirá creando y alimentando las tensiones, porque sabe que cuenta con incondicionales que ya creían desde antes en esa causa y confía en retener a otros si los convence de que no hay otro camino: para Donald Trump no hay términos medios, sino solamente “conmigo o contra mí”.

El sistema internacional en crisis

El advenimiento de Donald Trump encontró al sistema internacional⁴ en una etapa compleja que afectaba de modos diversos a distintas regiones, pero que algunos ya comenzaban a describir como un periodo de cambios no siempre favorables para el orden global, ocurridos antes de la elección.

³ El porcentaje de estadounidenses que se manifiesta más cercano a la noción de una “creación inteligente” que a la ciencia sobre la evolución desarrollada por Darwin, oscila entre el 42 y el 47 por ciento desde que la pregunta fue incluida en la encuesta Gallup hace varias décadas. *Gallup Report*, 2 de junio de 2017.

⁴ Se entiende aquí por sistema internacional el conjunto de instituciones, tratados y arreglos internacionales surgidos durante la segunda guerra mundial y desarrollados a partir de entonces. En el origen de ese sistema está la Carta de la ONU, que constituye el pacto político global, junto con los instrumentos fundadores del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. A ellos se han ido agregando, desde hace más de siete décadas, nuevas instituciones y acuerdos económicos, que cubren áreas sobre la educación, la agricultura, la salud, la industria y, especialmente, la creación de regímenes generales en asuntos claves como el comercio, los derechos humanos y el medio ambiente. La mayor parte de los organismos regionales que provienen de distintos continentes fueron creados a partir de la concepción de un nuevo orden. Incluso donde ya existían (Unión Panamericana), se transformaron en organismos que respondían a las nuevas visiones

Entre algunos de los procesos vividos durante este periodo estaban:

1. La estrecha aprobación del *Brexit*, que se producía en un momento de incertidumbre en la Unión Europea con otras elecciones decisivas en Holanda, Italia y Alemania, con la canciller Angela Merkel debilitada por su política de puertas abiertas a la inmigración y con un presidente francés impopular en Francia, que no buscaba la reelección y parecía amenazado, también allí, por la extrema derecha.
2. El fortalecimiento de gobiernos autoritarios en Hungría y Polonia, autodenominados orgullosamente “democracias liberales”; junto con los intentos separatistas en regiones europeas, el más notable, en Cataluña.
3. Los brotes de terrorismo en varias capitales europeas y una crisis migratoria aún en curso, la cual proviene tanto de los conflictos en Medio Oriente como en África, que provocaban fuertes resistencias.
4. La escalada interminable de la guerra civil en Siria, con la participación creciente de fuerzas extranjeras, que incluyen a Rusia, Irán, Turquía y al ISIS o Estado islámico; el colapso definitivo de la “primavera árabe”, reemplazada en Egipto por la dictadura; y la guerra en Yemen, que enfrentaba ya a Arabia Saudita y a otros Estados del golfo con Irán.
5. Las continuas crisis en los territorios palestinos, especialmente en la Franja de Gaza, que se reproducen sin encontrar soluciones a la desesperada situación de encierro y miseria en que viven casi dos millones de palestinos, quienes son reprimidos cada vez con más fuerza por Israel, y la falta de avances reales en la solución del conflicto palestino-israelí, agravado por el crecimiento irrestricto de los asentamientos en territorios ocupados.
6. El crecimiento de China hizo que se convirtiera en la potencia indiscutida del Asia Pacífico, lo cual revivió todas las aprensiones que subsisten respecto de sus intenciones geopolíticas.
7. La nueva tensión entre Oriente y Occidente en las fronteras habituales de la guerra fría, principalmente en Ucrania, en el marco de un distanciamiento creciente entre los países de la OTAN y Rusia, así como una mayor participación del gobierno de Vladimir Putin en las crisis del Medio Oriente.

8. El riesgo de proliferación de armas nucleares, detenido exitosamente desde 1970 con la suscripción del Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP), el cual ahora enfrenta desafíos en Corea del Norte e Irán.
9. El resurgimiento del populismo a partir de las diversas faltas de los sistemas democráticos, incapaces de canalizar y recoger la indignación de muchos ciudadanos ante los efectos de la recesión de 2008-2009.
10. El atraso de un importante número de países emergentes que habían resistido la crisis de 2008-2009, y que a partir de 2014 comenzaron a experimentar bajo crecimiento, incluso menor al promedio de las naciones desarrolladas; así como las consecuentes repercusiones políticas que afectan su desarrollo democrático.
11. La incapacidad del “Nuevo Orden Mundial” forjado en las últimas siete décadas y encabezado por las Naciones Unidas y las instituciones de Bretton Woods para hacerse cargo de sus desequilibrios y responder a los grandes desafíos de la globalización: desarrollo sustentable, reducción de la desigualdad entre los individuos, las naciones y las regiones, mantenimiento de la paz y control del calentamiento global.

La incertidumbre daba especial relieve a la elección en Estados Unidos, dado el papel de liderazgo que este país ha asumido en el sistema internacional. Y por lo mismo el resultado de noviembre de 2016 aumentó la tensión al elegir como presidente a Donald Trump, cuyas ideas, lejos de afirmar el sistema, cambian radicalmente lo que ha sido la conducta de su país en aspectos cruciales de sus políticas nacional e internacional. Si alguien abrigaba la esperanza de que esa elección estadounidense trajera consigo una prolongación o incluso un cierto *revival* del liderazgo de Estados Unidos para enfrentar estos conflictos, se encontró con un resultado diametralmente contrario. Se eligió a un presidente que durante y después de su campaña rechazaba abiertamente las políticas que Estados Unidos había desempeñado hasta ahora y se disponía a cambiarlas de raíz.

Al líder del sistema no le gusta el sistema

El sistema internacional de posguerra ha soportado conflictos militares y geopolíticos de tremenda gravedad en sus más de setenta años de vida. Tuvo que lidiar con la guerra fría, el bloqueo de Berlín y la división de Europa, los misiles soviéticos en Cuba, la independencia de más de un centenar de nuevas naciones, guerras civiles y locales en el tercer mundo y periodos de severas crisis económicas; sin embargo, desde una perspectiva histórica, ninguno de estos inconvenientes ha puesto en entredicho el sistema, cuya estabilidad se ha fundado sobre todo en los grandes cambios políticos, económicos y sociales que ha experimentado la humanidad en las últimas seis o siete décadas.

¿Por qué, entonces, analistas de la envergadura de Richard Haass, director del Council on Foreign Relations, ven en la actual situación un “desorden global”? (Haass, 2017). La razón de la alarma puede provenir de la forma en que se alinean las fuerzas en el actual sistema internacional, distinta de la ocurrida en pasadas crisis. Trump no busca detener ese supuesto “desorden”, sino cabalgar sobre él en direcciones desconocidas.

Como ha recordado Henry Kissinger (2014), el actual sistema internacional no está hecho a imagen y semejanza de todos sus países miembros por igual, sino que más bien obedece a un conjunto de valores y preceptos que tienen su origen en la cultura occidental. No todas las culturas han conocido antes la democracia como los países occidentales la practican, ni valoran en el mismo orden el respeto a los derechos humanos, ni han promovido históricamente el libre comercio, ni el modo de producción capitalista. El sistema internacional nació en un momento de hegemonía occidental y se parece más, en sus normas y su evolución, a esta cultura.

Por lo mismo, siempre han existido fuerzas antisistema. La Unión Soviética y China practicaron, por mucho tiempo, formas políticas y económicas muy distintas de las que hoy predominan. El proteccionismo y el mercantilismo fueron la forma de comercio exterior de muchos países; incluso los mecanismos de integración no eran por lo general competitivos; se tardó muchas décadas en pasar del GATT a la OMC o en obtener consensos acerca del calentamiento global. El gran tema de los derechos humanos ni siquiera existía en acuerdos internacionales anteriores a 1948; el movimiento “tercermundista” que acompañó la independencia de numerosas naciones de

la Tierra rechazaba el liderazgo occidental del sistema; el mundo árabe aún cuestiona aspectos esenciales que el sistema promueve y rechaza abiertamente la igualdad de género.

El Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, las Naciones Unidas, los organismos regionales, la Organización Mundial de Comercio, los protocolos de Kyoto, el reciente Acuerdo de París, la OTAN y la Unión Europea siempre han tenido detractores; no obstante, han sido la potencia hegemónica del sistema y sus principales aliados occidentales (a los cuales se ha agregado en décadas recientes un conjunto de países de Asia Pacífico, incluida China), los que han afirmado su vigencia y, sobre todo, han asumido los principios en los cuales esas instituciones se fundan.

La gran novedad, sin embargo, es que hoy los mayores disensos provienen de la potencia que hasta ahora fue rectora y defensora del orden existente. Como ha ocurrido otras veces, en torno a algunos de los rasgos característicos del sistema hay severas discrepancias, pero esta vez ellas son manifestadas particularmente por Estados Unidos y la administración de Donald Trump. Éste no es un cambio menor: el presidente de la potencia gestora y central del nuevo orden global cuestiona a fondo varios de sus principales políticas y, por ende, la estabilidad del sistema, fundado en acuerdos e instituciones que se promovieron en ese país.

Sin agotar los temas, veamos sólo algunos ejemplos en los que Donald Trump cuestiona los consensos básicos que fundaron el actual sistema global:

- a) Para Trump, el énfasis principal de la política exterior es la seguridad de Estados Unidos,⁵ pero a diferencia de sus predecesores, incluido Reagan, él no advierte que esa seguridad está vinculada con la forma de liderazgo hegemónico de un sistema internacional ordenado, sino que busca imponer unilateralmente sus posiciones más allá de las conveniencias de sus aliados. Su salida del Acuerdo de París, su denuncia del acuerdo nuclear con Irán y su decisión de trasladar a Jerusalén la Embajada de Estados Unidos en Israel fueron adoptadas contra la opinión de sus principales aliados. Salvo que se acepte la versión de algunos sobre tratarlo como actos de irracionalidad extrema, la única otra explicación es que Trump está convencido de que la fuerza e in-

⁵ Para una definición de las distintas prioridades de la política exterior de Estados Unidos, véase Walter Russell Mead (2009).

fluencia de Estados Unidos serán suficientes para imponer su primacía, dejando de lado por completo en sus discursos cualquier interés o intención de liderar el sistema internacional.

El *America First* asume aquí su mayor énfasis, reflejado materialmente en los cambios realizados en sus primeras actuaciones presupuestarias, en que todos los gastos se reducían excepto los de defensa exterior, seguridad interna, policía y cuidado de las fronteras, esto último con aumento de gastos por cerca de cincuenta mil millones de dólares para realizar el muro en los límites con México y la contratación de diez mil nuevos agentes fronterizos. Trump no cree en la coordinación ni el entendimiento con sus aliados, a menos que sea estrictamente en sus términos, ya que su objetivo no es la hegemonía, sino la primacía.⁶

- b) Estados Unidos ha sido el principal impulsor del libre comercio en el mundo desde la segunda guerra mundial. El discurso de Trump es fuertemente nacionalista en lo económico. La globalización, afirma, ha sido negativa para su nación; hay fuga de empleos, déficit comercial y fiscal, deterioro en la infraestructura interna mientras se subsidia a otros competidores en el mercado mundial.

La respuesta proteccionista permea la política de Trump en este campo. Su discurso anti libre comercio ha ido en cuatro direcciones: criticar a anteriores administraciones por sus malas negociaciones; exigir a las empresas estadounidenses que traigan de vuelta las unidades trasladadas a otros países; intentar renegociaciones de acuerdos vigentes y restablecer las tarifas de productos terminados e intermedios. Una de sus primeras medidas fue ordenar la suspensión de cualquier negociación comercial multilateral, para luego desahuciar de manera directa el TPPA, criticar abiertamente a China, Corea del Norte e incluso a países aliados y amenazar con sanciones a México, abriendo paso a una revisión del TLCAN, después de veintitrés años de vigencia, y aplicando tarifas adicionales a las importaciones de aluminio y acero. Estados Unidos también se plantea hoy día la necesidad de revisar a fondo la Organización Mundial de Comercio, creada a partir de la Ronda de Uruguay del GATT y que había sido un objetivo suyo desde al menos medio siglo.

⁶ La distinción entre ambas es de Stanley Hoffman (1978).

- c) La OTAN es la pieza central de la política de seguridad de Estados Unidos, nacida de la guerra fría para contener a la URSS, pero derivada luego en alianza atlántica permanente. Las primeras reuniones durante la nueva administración han reflejado un cuestionamiento de Estados Unidos frente a la utilidad de la alianza, que ha prescindido del lenguaje conciliador y ha presionado con la exigencia de mayores fondos sin siquiera aludir a posibles cambios de política o de estrategia. Muchos han visto en esto una deserción del liderazgo proclamado durante mucho tiempo por Estados Unidos y promovido de distintas maneras tanto por Obama como por los neoconservadores. En términos simples, Estados Unidos se encuentra en un mundo hostil y ya no seguirá haciéndose cargo de él. La querrela principal es con los países de Europa Occidental, apoyándose Trump en sus nuevos aliados “iliberales” de Europa Oriental; aunque se percibe ya una política similar para intentar aislar a China del continente asiático.
- d) El desdén de Estados Unidos por su alianza fundamental es precisamente lo que generó la atracción hacia la Rusia de Putin, que muchos de sus principales asesores veían como una alternativa que haría menos costosa la OTAN. La política de guerra fría que se expresó en el Plan Marshall estuvo en la base de la creación de la Unión Europea, que Estados Unidos ha apoyado como su principal socio comercial y estratégico, pero ya antes de asumir el gobierno, el nuevo presidente no dudó en apoyar a los disidentes de la Unión Europea, celebró la victoria del *Brexit*, impulsó el Frente Nacional de Marine Le Pen y a otros detractores de la UE; visitó a Polonia en su primer paso por Europa, cambió su política hacia Israel, y renunció a acuerdos que para sus socios eran clave. En otros términos, las alianzas más tradicionales de Estados Unidos han sido despreciadas por la administración de Trump, quien ha preferido darles la espalda a sus socios más seguros, tomando decisiones que van en contra de sus pedidos explícitos.
- e) El cambio climático es otro tema visible en el cual Estados Unidos se ha trasladado del rol de promotor de acuerdos a su mayor detractor, lo que fue denunciado formalmente durante los acuerdos de París, promovidos y suscritos un año antes. Si bien en este punto jugó un papel la inclinación de Trump a eliminar la mayor parte de los hitos dejados por su antecesor (especialmente la reforma de salud), la verdad

es que el nuevo presidente ya se había manifestado durante su campaña como un escéptico radical sobre la realidad de este fenómeno. Trump incluso declaró en ella que el cambio climático constituía una falacia promovida por otros países con el fin de restar competitividad a la economía estadounidense.

Por otro lado, cuando el mandatario asumió su cargo desarrolló medidas tales como la activación de los oleoductos a través del centro de Estados Unidos, desde Canadá al Golfo de México, y al mismo tiempo decretó la reapertura de minas de carbón en West Virginia, cerradas por administraciones anteriores.

f) El régimen de no proliferación nuclear es una pieza clave de la construcción estadounidense del orden global. Trump parece decidido a deshacerse del mismo o a ponerlo en riesgo de manera temeraria.

El debate sobre compartir o no la energía nuclear con otros países inició antes de que se lanzara la primera bomba atómica. Algunos sostenían que la exclusividad nuclear provocaría una carrera científica que tendría como resultado la proliferación, lo cual se podía evitar si Estados Unidos mostraba voluntad de hacer partícipes a todos de este gran descubrimiento, pero esa discusión duró apenas unos meses, hasta el inicio de la guerra fría y sobre todo cuando la Unión Soviética hizo estallar su primer artefacto nuclear —la bomba de hidrogeno, incluso antes que Estados Unidos (Gaddis, 1982). La carrera espacial seguiría luego, en el corazón de la guerra fría, con el temor de que la URSS se apoderara del espacio.⁷

Con el tiempo (y con los éxitos nucleares de Francia y Gran Bretaña) el gobierno estadounidense ya no buscaría la exclusividad nuclear, pero sí un predominio para limitar drásticamente el “club atómico”. Tras muchas negociaciones se suscribió en 1970 el Tratado de No Proliferación (TNP), basado en una aceptación de la desigualdad entre las naciones. En lo fundamental, el TNP obliga a los países que poseen armas nucleares a no transferirlas ni compartir la tecnología para el enriquecimiento de uranio; por su parte, los no nucleares se comprometen a no construir esas armas, a cambio de dos promesas: la primera

⁷ El primer Sputnik (1957) asombraría al mundo entero, pero para Washington tendría un solo significado: si la URSS podía poner en órbita un satélite, podía poner una bomba atómica en Estados Unidos; véase José Miguel Insulza (1984).

que sí se cumplió era recibir cooperación en el acceso a la tecnología con fines pacíficos, y la segunda, aún incumplida, que las potencias nucleares negociarían un desarme nuclear.

Con todo, el régimen internacional de no proliferación fue un éxito. En 1970 había cuatro potencias nucleares declaradas (EEUU, URSS, Gran Bretaña y Francia), más dos no declaradas (Israel y la República Popular China) y tres en proceso de experimentación (India, Pakistán y Sudáfrica). Sin embargo, había al menos veinte países “de umbral” que poseían la tecnología, aunque no la empleaban.⁸ Casi cincuenta años después persisten los mismos países, con la salvedad de Sudáfrica, y se suman sólo dos más: Corea del Norte e Irán.

El Acuerdo sobre el Programa Nuclear de Irán, suscrito el 2 de abril de 2015 por Estados Unidos, Rusia, Gran Bretaña, Francia, China, Alemania e Irán, con participación de la Unión Europea, fue un logro clave del régimen de no proliferación: uno de los dos países que estaban a punto de irrumpir en la arena nuclear aceptó reducir sustancialmente su enriquecimiento de uranio y someterse a un proceso de verificación por los organismos del TNP. Tres años después, el acuerdo aún estaba en funciones y la Organización Internacional de Energía Atómica (OIEA) no ha dado cuenta de alguna violación;⁹ sin embargo, después de varias amenazas Trump decidió cumplir otra promesa de campaña: renunció unilateralmente al acuerdo con Irán, a pesar de las súplicas de todos los demás firmantes. Con ello, no sólo demostró una vez más la poca importancia que da a sus supuestos aliados,¹⁰ sino que abrió la puerta a una nueva ola de proliferación que se desencadenará si Irán decide también responder negativamente al pacto. Si este país reanuda su enriquecimiento de uranio, seguramente tendrá consecuencias en Arabia Saudita y Egipto, que ya han declarado que no se cruzarán de brazos mientras su principal enemigo en la región se convierte en una potencia nuclear.

⁸ La República Popular China suscribió el Tratado de No Proliferación en 1991, reconociendo así su carácter de potencia nuclear. Sudáfrica realizó seis ensayos nucleares en la década anterior al TNP. Bielorrusia, Kazajstán y Ucrania tenían armas nucleares en su territorio al disolverse la Unión Soviética, pero accedieron a deshacerse de ellas.

⁹ Incluso todas las acusaciones de Benjamin Netanyahu acerca de los experimentos nucleares de Irán corresponden al periodo anterior a la suscripción del acuerdo.

¹⁰ La ofensiva tardía de Emmanuel Macron para convencer a Trump de no renunciar al Tratado y, a su vez, pedirle que no abriera la embajada en Jerusalén, terminó en un costoso fracaso para el presidente francés (Nossiter, 2018).

El supuesto deshielo con Corea del Norte parece destinado a crear la imagen de que a través de esa apertura se llegará a “desnuclearizar” a ese país. No se ve, sin embargo, que más allá de gestos externos, el gobierno de Kim Jong Un esté dispuesto a despojarse de su arsenal nuclear y quedar a disposición de la política que Estados Unidos quiera imponerle.

- g) Trump ha decidido también romper con la política que Estados Unidos venía desarrollando con el Medio Oriente y que había conseguido sostener a pesar de la catastrófica experiencia en Irak. Los gobiernos sucesivos de Carter, Reagan, George Bush, Clinton, George W. Bush y Obama habían sido firmes en su apoyo a Israel, pero habían logrado mantener una cierta relación con la representación palestina, proponiéndose como un mediador necesario que podía obtener concesiones de parte de Israel. La decisión de Trump, desafiando a sus aliados y al resto del Consejo de Seguridad, de trasladar su embajada de Tel Aviv a Jerusalén significa una ruptura, de hecho, con Palestina y una nueva muestra de unilateralismo extremo.

Al mismo tiempo, Trump permite y promueve un mayor involucramiento de Israel en el conflicto sirio, con los primeros intercambios bélicos directos con Irán, confiando en que Arabia Saudita y los demás Estados del Golfo, que ya se enfrentaron con ese país en la guerra civil de Yemen, flexibilizarán sus posturas hacia el enemigo más tradicional del mundo árabe.

- h) En los planos que aún le faltan, especialmente en su relación hemisférica, Trump seguirá intentando cumplir su primera promesa: el muro con México. Esto implica una relación más distante con América Latina y especialmente con los países inmediatamente al sur de su frontera, lo cual completará el blindaje solitario que Trump está empeñado en crear. Ello no ha ocurrido aún, pero es muy posible que, después de la próxima elección en México y dependiendo también de las concesiones que pueda obtener en la renegociación del TLCAN, la situación pueda endurecerse incluso más. La ausencia de Trump durante la reciente VIII Cumbre de las Américas¹¹ es una muestra de que la alianza hemisférica, la más antigua de Estados

¹¹ Estados Unidos inventó esta cumbre y su presidente nunca había dejado de asistir.

Unidos, seguirá disminuyendo de acuerdo con el orden de prioridades de esta administración.

Un vuelco político tan radical y en tan breve tiempo era imprevisible para todo el mundo, a pesar de las promesas explícitas de campaña. Es cierto que han existido presidentes que han priorizado por sobre todo el interés nacional y dejado de lado la pretensión de ordenar el mundo, privilegiar sus intereses económicos o promover sus propios valores. Pero en el mundo de la posguerra esas opciones no parecían necesarias y más tarde, en momentos de crisis, Estados Unidos consiguió mantener algunas dimensiones de liderazgo sin dar nunca la espalda a sus principales alianzas. No es posible predecir de manera realista cuáles serán los próximos pasos, pero sí es viable afirmar que la tensión continuará siendo el arma de Donald Trump, con las próximas consecuencias para todo el sistema internacional.

Disidentes dentro y fuera

El periodo de Trump ha estado, por el momento, marcado por la resistencia de muchos a aceptar sus mandatos y su intransigencia. Ha sido conflictivo además porque cada batalla de Trump, con su estilo, genera antagonismo en personas, grupos sociales, países y protagonistas de la política nacional e internacional. Asimismo, sobre Trump¹² pesan distintas acusaciones sobre sus relaciones personales y los apoyos con los que contó para su campaña.¹³ El disgusto de muchos ciudadanos se percibe en las encuestas, que lo muestran con cifras bajas de aprobación, aunque de ninguna manera irremontables. Ciertamente, muchos rasgos de Trump no les resultan agradables a la mayoría de los estadounidenses, que quisieran un presidente más tradicional, a pesar del entusiasmo que sus desplantes provocan en los más cercanos.

La mayor parte de las decisiones clave de Trump no tiene gran aprobación, sobre todo su política complaciente en materia de armas, a la luz de

¹² De hecho, la última encuesta CNN pone a Trump en un 42 por ciento de aprobación, lo cual es bajo pero positivo si se considera que llegó a 35 por ciento en noviembre del año pasado.

¹³ La investigación acerca de la actividad de Rusia en favor de Trump y contra Hillary Clinton durante la campaña electoral ya no es un asunto controvertido. Lo que el fiscal especial Robert Mueller aún debe probar es que Trump o sus asesores directos conocieron y alentaron esa actividad.

las continuas masacres públicas que han marcado su administración. Su rechazo a los *dreamers* y sus amenazas de guerra tampoco son gratas a la población, pero en las elecciones no votan todos los encuestados, sino los convencidos y, en ese sentido, la elección de la Cámara de Representantes y de un tercio del Senado en noviembre de 2018 serán decisivas.

Dejando de lado los temas coyunturales, sin embargo, la pregunta que es necesario hacerse es: ¿con qué recursos cuenta Donald Trump para apoyar su gobierno y concluir con éxito su mandato? En este plano es claro que, debido a experiencias anteriores, el presidente no se encuentra tan desvalido como algunos piensan. Al respecto, no hay que olvidar que en Estados Unidos los factores internos cuentan más que los externos. Se tiene suficiente evidencia, por ejemplo, de que a menos de que una decisión internacional cause un evidente daño a la vida cotidiana de los estadounidenses,¹⁴ es poco probable que incida demasiado en sus decisiones electorales. Estados Unidos es hoy mucho más dependiente del mundo que hace medio siglo, pero eso no cambia las percepciones de sus ciudadanos.

En este sentido, hay cuatro factores con los cuales Trump aún puede contar, además de aquellos que le permitieron llegar al poder:

- a) El primero es el estado de la economía. Aunque la economía de Estados Unidos estaba ya en recuperación antes de terminar la presidencia de Obama, el hecho es que un crecimiento en torno al 3 por ciento y un desempleo inferior al 4 por ciento son cifras que el gobierno puede usar para alegar que el país “va por buen camino”. Así lo hace Trump en todos sus discursos y ello le reporta evidentes beneficios.
- b) El segundo es la atención a Trump de parte del Partido Republicano. Es indudable que el liderazgo del presidente ha crecido y la gran mayoría de los votantes republicanos tiene una imagen positiva de él, o al menos lo ven como la única opción para conservar el poder. Hace tiempo que el Partido Republicano se interesa por tendencias conservadoras extremas en busca del voto duro y ello ha provocado el éxodo de importantes dirigentes. John McCain es el principal adversario interno de Trump, pero su estado de salud terminal lo aparta de

¹⁴ Se trata de aquellos acontecimientos que los analistas han bautizado como “intermésticos”, es decir, ocurren desde fuera, pero impactan fuertemente en Estados Unidos. La guerra de Vietnam con su elevado número de jóvenes estadounidenses muertos es un caso ejemplar.

- la lucha interna. La gran promesa de hace pocos años, Paul Ryan, presidente de la Cámara, ha anunciado su retiro y varios senadores han señalado que no optaran por la reelección. Es aún temprano para decir si los nuevos líderes mantendrán la fuerza del partido, pero es claro que serán mucho más cercanos a Donald Trump que los anteriores.
- c) Favorece al presidente republicano la condición poco inspiradora del Partido Demócrata, cuyo liderazgo es aún más anacrónico que el republicano y se aferra a sus posiciones en el partido y el Congreso, sin preocuparse de los efectos que ello puede tener en un electorado anhelante de mandos más inspiradores. El liderazgo demócrata parece no haber aprendido del desafío de Sanders y de la derrota de Hillary Clinton. Podría ganar mucha fuerza si se apoya en los jóvenes, las minorías raciales, las mujeres, los profesionales, los universitarios, todos los grupos que son mayoría contra Trump, pero eso exige un poder menos tradicional y más vigoroso que aquel que el Partido Demócrata puede proporcionar hoy.
- d) Las recientes decisiones de la Corte Suprema con mayoría conservadora han favorecido el flujo abundante de dinero hacia los republicanos, que cuentan, entre sus donantes más conspicuos, con los multimillonarios hermanos Koch y con la Asociación Nacional del Rifle (NRA, por sus siglas en inglés). Los grandes donantes republicanos no apoyaron a Trump económicamente en su campaña, pero ahora están preparados para seguir apoyando a ese partido mientras convenga a sus intereses.
- e) Trump tiene una gran ventaja en materia de comunicación. A pesar de sus ataques cotidianos (y calculados) contra la prensa y la televisión, es claro que éste es otro frente de batalla contra el *establishment*, del que disfruta particularmente. Lo importante es que domina la escena y que se mueve con soltura en las redes sociales, su instrumento favorito. Además, refuerza su número de seguidores a través de la difusión de noticias falsas, elemento que él y sus asesores manejan con destreza. Las cifras no oficiales fijan en un 40 por ciento la cantidad de *fake news*, mientras *The Washington Post* afirma que son 3001 las falsedades creadas por esta administración tan sólo hasta el 1º de mayo de 2019.
- f) Por último, cuando los conflictos son internacionales, Trump puede contar con la prudencia y el cálculo de algunos de sus socios. Si bien

el repudio a la apertura de la embajada en Jerusalén ha sido universal, algunos países importantes se abstuvieron de votar en contra de Estados Unidos en la Asamblea General de las Naciones Unidas y dos centroamericanos abrieron también sus embajadas, buscando un agradecimiento que por cierto nunca llegó. Cuando se apliquen sanciones a Irán y se chantajee a empresas europeas con la amenaza de no hacer negocios en Estados Unidos si los hacen con Irán, es posible que se produzcan deserciones, porque hacer negocios o comerciar con la gran potencia es mucho más conveniente. Esta economía es la mayor del mundo y eso atenuará la crítica muy abierta contra un gobierno estadounidense que no goza de muchas simpatías, pero al cual una buena parte de la gente aún teme.

Nada de esto asegura que la posición de Trump sea sólida. Es evidente que, tanto en su país como en el exterior, son más los que preferirían que no estuviera ahí. La gran ventaja de sus opositores es que seguramente seguirá llevando sus posiciones hasta el extremo y alejará de ese modo a más gente, hasta que sus principales apoyos comiencen a ver su presencia como un factor negativo. Pero ello no ocurrirá muy pronto necesariamente. Donald Trump podrá gobernar por más o menos tiempo, pero la división de la sociedad que hizo esto posible persistirá, hasta que se alcancen nuevos consensos que la superen, los cuales hoy parecen muy lejanos.

Fuentes

AMIN, SAMIR, GIOVANNI ARRIGHI, ANDRE GUNDER FRANK
e IMMANUEL WALLERSTEIN
1983 *Dinámica de la crisis global*. México: Siglo XXI.

GADDIS, JOHN LEWIS
1982 *Strategies of Containment. A Critical Appraisal of Postwar American National Security Policy*. Nueva York: Oxford University Press.

HAASS, RICHARD NATHAN

2017 *A World in Disarray. American Foreign Policy and the Crisis of the Old Order*. Nueva York: Penguin Press.

HOFFMANN, STANLEY

1978 *Primacy or World Order: American Foreign Policy since the Cold War*. México: McGraw Hill.

INSULZA, JOSÉ MIGUEL

1984 “La primera guerra fría: percepciones estratégicas de la ‘amenaza soviética’ (1945-1968)”, *Cuadernos semestrales*, no. 12, México: CIDE, pp. 165-214.

KESSLER, GLENN

s/f “Fat Checker”, nos. 1-5-18, *The Washington Post*, en <https://www.washingtonpost.com/news/fact-checker/?utm_term=.b4fc05fe10ed>.

KEYES, RALPH

2004 *The Post-Truth Era. Dishonesty and Deception in Contemporary Life*. Nueva York: St. Martin’s Press.

KISSINGER, HENRY

2014 *World Order*. Nueva York: Penguin Random House.

MARS, AMANDA

2018 “Lo que la furia tuitera del presidente esconde”, *El País*, 2 de abril.

NOSSITER, ADAM

2018 “Emmanuel Macron’s Bromance with Trump Takes its Toll at Home”, *The New York Times*, 17 de mayo, <<https://www.nytimes.com/2018/05/17/world/europe/emmanuel-macron-donald-trump.html>>.

ROSE, GIDEON

2016 “Introduction”, *The Fourth Industrial Revolution. A Davos Reader*. Nueva York: Council of Foreign Relations.

RUSSELL MEAD, WALTER

2009 *Special Providence: American Foreign Policy and How it Changed the World*. Nueva York: Routledge.

SCHWAB, KLAUS

2016 *The Fourth Industrial Revolution*. Ginebra: Foro Económico Mundial.

SCIENTIFIC AMERICAN

2017 *The Science Behind the Debates*, Special Collector's Edition 26, no. 5 (diciembre).

ZAKARIA, FAREED

2003 *The Future of Freedom. Illiberal Democracy at Home and Abroad*. Nueva York: W. W. Norton & Company.

1997 "The Rise of Illiberal Democracy", *Foreign Affairs* 76, no. 6 (noviembre-diciembre): 22-43.